

ma, ni su severa majestad, ni su contacto, nada le sorprendió sino su aliento de llama y de resinas. Seguramente, en otras ocasiones se le había aparecido como menos requilorios y con el aliento normal. Natural era, pues, que se sorprendiera de ese aliento de llama y de resinas, que debió ser así como un baho caliente y pegajoso. ¡Si se habría vuelto tísico el fantasma! Tísico debía de estar, porque «En ese instante miré mancharse su velo—traía velo—con una gota de sangre», dice Brenes Mesén.

La cosa se complica. Una aparición, fantasma, espectro, espíritu—¿qué se yo? que se llega a él (a Brenes Mesén), a paso de minué, posa una de sus manos en uno de sus hombros (de él), tiene el aliento caliente y pegajoso y echa sangre, bien puede ser alguno de los viejos espíritus que le curaron el materialismo, atacado de tuberculosis pulmonar.

Cuando yo era chiquito, quiero decir, niño, porque chiquito siempre me quedé, mi niñera—pobre india guatemalteca—me contaba historias de aparecidos; pero todos eran vaporosos, aéreos, intangibles y fríos como la muerte. Al aproximarse al favorecido con su visita, la luna se velaba, los perros aullaban, el ambiente se helaba de tal modo, que los dientes del infeliz castañeteaban de frío y de terror, y apenas si podía gañir el *de parte de Dios todo poderoso*... Nunca llegaban con tanta majestad, perendengues y zahumerios, ni con alientos calientes y resinosos, ni, mucho menos, echando sangre. Mi pobre niñera creía que los aparecidos carecen de las propiedades del cuerpo humano. ¡India más bestia!

«Sentí como si repentinamente se hubiesen abierto

más mis ojos y entreví bajo los blancos azahares, las espinas de naranjo hundiéndose en sus sienes, en su frente y en torno de su oscura cabellera.»

Por lo pronto, anoto que la corona era corona entera y no de *azahar* sino de azahares... de naranjo, por más señas, y también, antes de que lo olvide, que no se dice *miré mancharse* sino *vi mancharse*, porque *mirar* no es *ver*. ¿No ha oído Brenes Mesén esta frase tan corriente: *Quien más mira menos ve?*

Brenes Mesén, que tenía los ojos abiertos, sintió como que se le abrían más y entrevió... Si en vez de abrir más los ojos, contrae los músculos de ellos, concentra la vista, hubiera visto mucho mejor. Hizo lo contrario, y apenas entrevió bajo los blancos azahares, las espinas de naranjo hundiéndose solitas, sin esfuerzo ni ayuda de nadie, en sus sienes, en su frente y en torno de su oscura cabellera. Si las espinas estaban debajo de los azahares ¿cómo pudo entreverlas?—y si sólo se hundieron en torno de su oscura cabellera, no debieron causarle gran mal en la parte media posterior del cráneo.

Ante semejante fenómeno, Brenes Mesén perdió el habla y «cerré mis ojos, dice, y la miré con más intensa claridad...»

Esta sí es proeza de verdad: *mirar con más intensa claridad*... con los ojos cerrados.

Si no se puede *oler* con las narices tapadas, mucho menos se puede *olfatear*. Si con los ojos cerrados no se puede *ver*, mucho menos se puede *mirar*. Entre *ver* y *mirar* hay la misma diferencia que entre *voir* y *regarder*, que entre *to look* y *to see*. ¿Cómo es posible que nuestra mayor eminencia